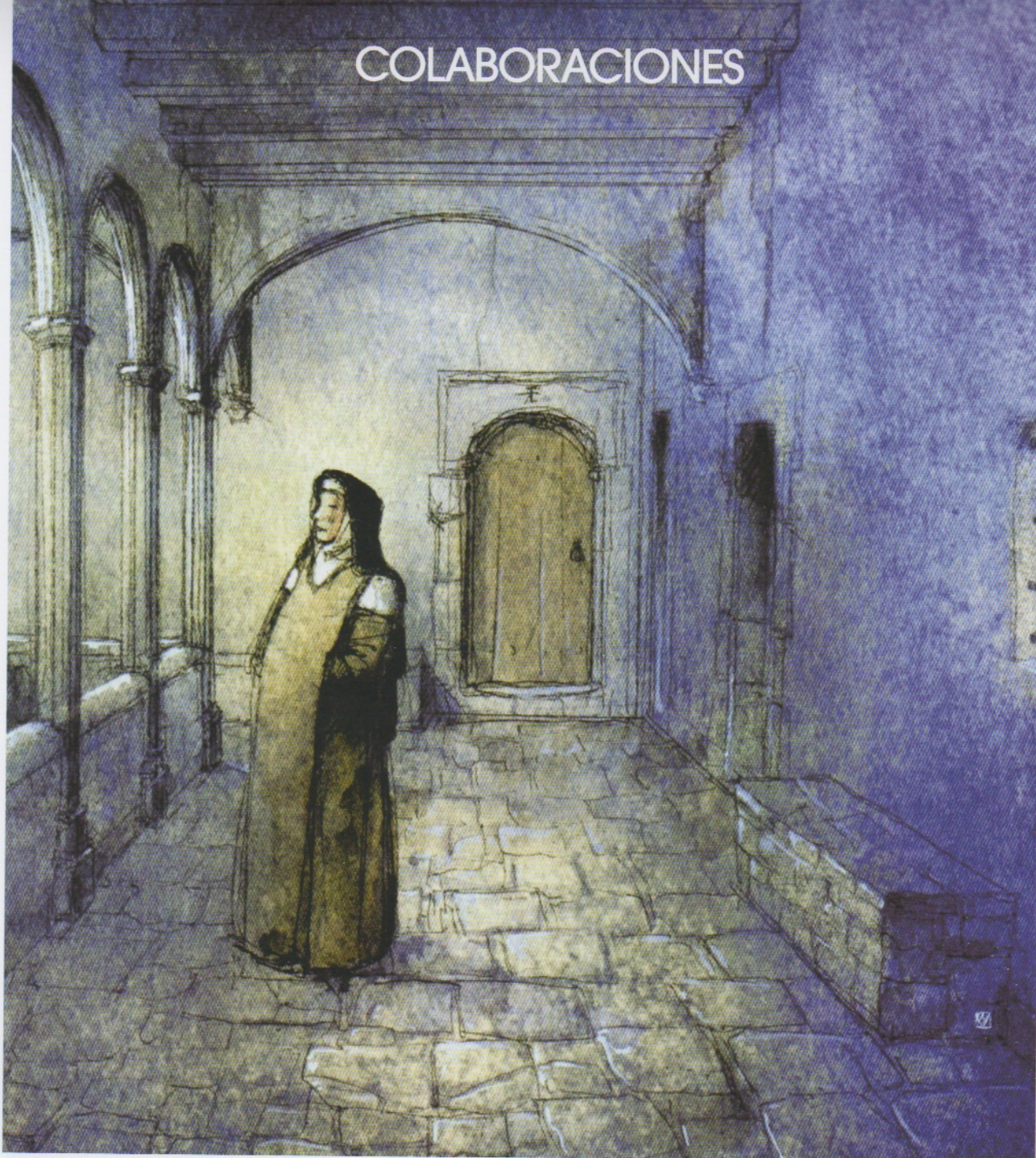
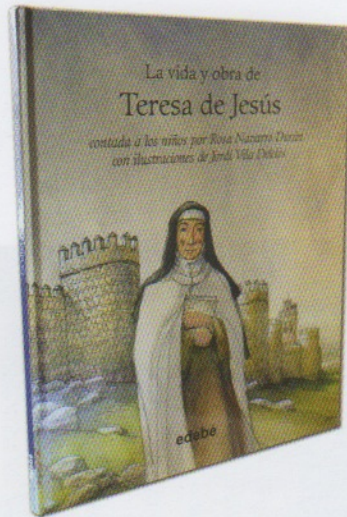


COLABORACIONES



La vida y obra de Teresa de Jesús para todos los públicos

Rosa Navarro Durán*
Ilustraciones: Jordi Vila Delclòs



El halo de luz que rodea la figura de Teresa de Jesús como santa ha llevado a muchas personas a creer que ante ella sólo se reza, y así sus libros están en un oscuro segundo plano, tanto que, aunque se nombran, pocos se animan a abrirlos. Han transcurrido ya quinientos años desde que un miércoles de Pasión, el 28 de marzo de 1515, nació en Ávila, como anota su padre, Alonso Sánchez de Cepeda, mercader, en un libro de memoria: «En miércoles, veinte e ocho días del mes de marzo de quinientos e quince años, nació Teresa, mi hija, a las cinco horas de la mañana, media hora más o menos, que fue el dicho miércoles casi amaneciendo».

Teresa de Cepeda y Ahumada es una mujer única en el siglo XVI, y lo es porque es la reformadora de la orden del Carmelo y una grandísima escritora: es nada menos que la autora de la primera autobiografía en una lengua romance —es decir, derivada del latín—, el *Libro de la vida*, y, entre otras obras, de una bellísima alegoría que dibuja el camino interior del alma hasta la unión con el Señor gracias a la oración: las *Moradas del castillo interior*.

No era noble, sino nieta de un acomodado mercader judío; no fue a la universidad y entendía mal el latín; pero fue siempre una gran lectora porque sus padres le enseñaron a leer.

Viviría veinte años intensísimos dedicados a la escritura —su otro yo— y a la fundación de conventos de Descalzas —diecisiete—: desde los 47 a los 67, edad en que muere en Alba de Tormes, en octubre de 1582.

La personalidad y la obra de Teresa de Jesús son sumamente atractivas para cualquier persona adulta, pero ¿pueden serlo para los niños y jóvenes? Indudablemente sí: hay muchas razones para acercarse a su figura a los escolares, a los estudiantes.

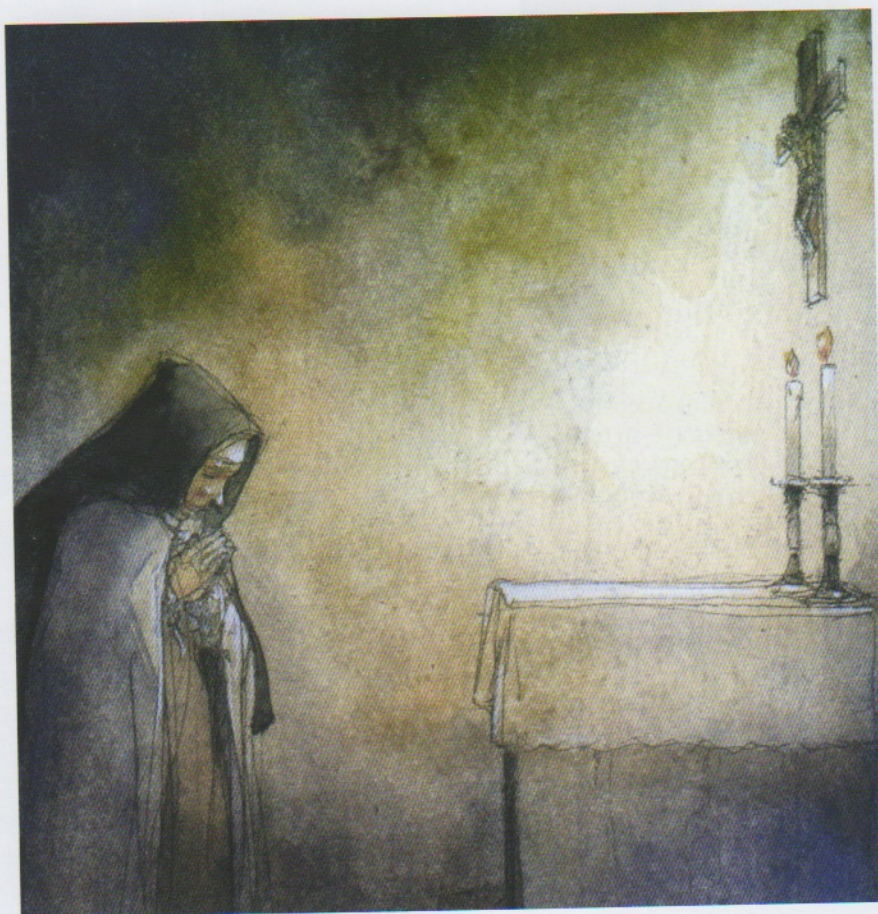
1. Escritora y reformadora en un mundo organizado por varones

No hay más que proyectar primero el foco de luz en esa mujer del siglo XVI, en su formación, en su ambiente y en lo que llegó a hacer y a escribir. Gracias a que sus padres eran lectores y le enseñan a leer como a sus hermanos («era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía en romance para que leyesen sus hijos estos», *Vida*, 1, 1), se convertirá en una apasionada lectora y se formará a sí misma con esos libros que le dan ideas, palabras. El libro será siempre remedio y consuelo; ella misma dirá que era «como una compañía y escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos» (*Vida*, 4, 9).

No olvidemos que los libros que ella lee están dirigidos solo a los varo-

nes, porque no podían imaginar entonces los escritores de materia teológica que pudieran tener lectoras. Dice, por ejemplo, Francisco de Osuna en el *Tercer abecedario espiritual*: «La siguiente palabra de esta letra te aconseja que seas espiritualmente sordo, ca porque oyó el primer hombre, según dice el Señor, la voz de su mujer, le vinieron muchos daños. Nuestra mujer es nuestra sensualidad...» (3, 3). Y sin embargo, Teresa saca de ellos lección provechosa y al mismo tiempo decide que va a transmitir sus conocimientos a sus hermanas monjas, porque también las mujeres tienen derecho a saber.

Sufre continuas enfermedades (estuvo a punto de morir a los 24 años), pero decide no obsesionarse con ellas, sino hacerles sólo el caso obligado y aprovechar todas sus fuerzas para llevar a cabo su proyecto de vida: la reforma de la orden carmelita y al mismo tiempo la escritura de sus experiencias para que fueran útiles a los demás, sobre todo a sus hermanas de orden, a quienes a menudo dirige sus escritos. Encuentra oposición continua a su proyecto de reforma, pero ni se arredra ni renuncia a nada. Si sus superiores en la orden deciden que se recluya en un convento y que abandone su labor fundacional (sucede en 1575), ella lo hará al año siguiente en el convento de San José de Toledo; pero desde su celda escribe a su hermano Lorenzo, el 24 de julio



de 1576, y le dice: «tengo una celdilla que cai al huerto una ventana, y muy apartada»; es decir, recluida en el convento a modo de cárcel, lo que ve es la ventana que da al huerto, y decide seguir escribiendo. Para ello le pide a su hermano que saque de una arquilla «los papeles de las *Fundaciones*», y le ruega que «envueltos en un papel y sellados los envíe a la superiora», porque no quiere que ella vea los papeles que ahí tiene, «y por eso quiero vuestra merced los saque, que de él no se me da nada». Sabe muy bien el terreno peligrosísimo que está pisando, con la sombra de la Inquisición acechándola, y asomando por todas partes las posibles denuncias; pero ni se asusta ni cesa en su buen propósito.

Cuando los frailes carmelitas calzados entran en el convento de la Encarnación y apresan a Juan de la Cruz, que era confesor de las monjas, a comienzos de diciembre de 1577, Teresa de Jesús escribe inmediatamente al rey Felipe II y le pide ayuda: «Y este fraile tan siervo de Dios está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo su vida. Por amor de nuestro Señor suplico a vuestra majestad mande que con brevedad le rescaten». ¿Hay mejor ejemplo para los jóvenes que ver a esa mujer utilizando la escritura en un intento de sacar a Juan de la Cruz de la prisión en que le han confinado los propios frailes calzados? No piensa en lo que se está arriesgando, sino que confía en el poder de la máxima autoridad

como amparo de la víctima de una injusticia.

2. La enseñanza visual de sus escritos

Junto a esta continua lección de vida que nos da la actitud de Teresa de Jesús ante un mundo que no reconocía a la mujer más papel que la obediencia y la sumisión, tenemos la asombrosa belleza de su obra. La complejidad de la materia espiritual de la que tratan sus *Moradas*, el didactismo del *Camino de perfección* dirigido a las monjas o la vivencia religiosa convertida en gozo y alabanza al Señor en sus *Exclamaciones*, exigen cierta madurez en el lector para poder paladear la prosa intensamente expresiva de la santa, pero hay pasajes en todas sus obras que son enormemente atractivos; y lo son porque ella acude a la observación de la naturaleza para visualizar lo que quiere contar, y al mismo tiempo lo hace con un estilo natural, sin afectación alguna, con elegancia y gracia. Por ejemplo, al describir los grados de oración, recurre a las cuatro formas de riego de un huerto:

«Páreceme a mí que se puede regar de cuatro maneras: u con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo, u con noria y arcaduces, que se saca con un torno —yo lo he sacado algunas veces—: es a menos trabajos que estotro y sácase más agua; u de un río u arroyo: esto se riega muy mijor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan a menudo, y es a menos trabajo mucho del hortolano; u con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro y es muy sin comparación mijor que todo lo que queda dicho» (*Libro de la vida*, 11, 7).

Cualquier lector puede «ver» lo que Teresa describe: el pozo, la noria, el agua de arroyo llevada por los surcos del huerto, o la lluvia generosa de

cielo; y además ella lo sanciona con su experiencia: «yo lo he sacado algunas veces». Luego dirá que «me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él» (14, 9). La escritora ha creado imágenes para visualizar conceptos abstractos, ha puesto ante los ojos la senda del alma hacia el Señor gracias a la oración. Ese procedimiento es esencial para el aprendizaje de cualquier persona a «ver» lo que no puede verse, a dar a conocer con comparaciones plásticas materias abstractas.

Muy presente en toda su obra, el agua va a ser también la ilustración de un pasaje de otro de sus libros, *Camino de perfección*; en él recuerda sus propiedades, y al mismo tiempo se maravilla de ellas como observadora curiosa y atenta:

«El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso; que muchas más terná. La una es que enfría. Por calor que haya uno, si entra en un río, se le quita; y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitrán, que dicen se enciende más. ¡Oh, váleme Dios!, y qué de maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua cuando es fuego fuerte, poderoso, no sujeto a los elementos, pues este —con ser su contrario— no le empuja, antes le hace crecer».

Después de escribir esta observación sobre el agua, comenta la santa: «¡Qué valiera aquí ser filósofo para saber las propiedades de las cosas y saberme declarar!, que me voy regalando en ello, y no sé decir lo que entiendo, y por ventura no lo sé entender» (*Camino de perfección*, 31,1). Teresa manifiesta su deseo de saber las esencias de las cosas naturales para poder comunicar mejor lo que quiere explicar; es decir, está declarando su continuo deseo de conocimiento de lo que le rodea, porque es muy consciente de que solo sabiendo se puede entender, y solo



entendiendo se puede explicar algo.

Y además del agua, acude al artesano que fabrica las vasijas que la contienen para expresar cómo el Señor da al alma el agua viva que puede contener: «Porque si da mucho, hace hábil el alma para que sea capaz de beber mucho; como un vedriero que hace la vasija del tamaño que ve es menester para que quepa lo que ha de echar en ella» (*Camino de perfección*, 32, 1).

El pasaje del Evangelio en que san Juan cuenta el encuentro de Jesús con la samaritana es esencial para entender la obra de Teresa, su mención «al agua viva», que quita para siempre la sed. Esa mujer de Samaria, al darse cuenta de que está hablando con el Mesías, corre para decírselo a los suyos; y comenta Teresa de Jesús: «Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí es ver cómo la creyeron, ¡una mujer!» (*Meditaciones sobre los Cantares*, 7, 7). ¡Qué reveladora es esta reflexión de la santa!

He abierto solo unas páginas de sus obras para mostrar que son para todos y que además sirven como instrumento de aprendizaje. No hay más que empezar a leer su autobiografía,

el *Libro de la vida*, para advertir la fuerza seductora de la escritura de una mujer extraordinaria, que dedicó lo mejor de sí misma a ser útil a los demás: contando lo que sabía, reformando la orden carmelita para que cupieran en ella todas las personas que quisiesen profesar, sin que su origen o su riqueza fuesen determinantes para vivir su religión en el claustro.

Sí, la vida y la obra de Teresa de Jesús tienen muchos pasajes para todos los públicos; solo hay que saber seleccionarlos y glosarlos siguiendo la senda de las imágenes que ella tan bien supo mostrar.

***Rosa Navarro Durán** es filóloga y catedrática de Literatura Española de la Edad de Oro en la Universidad de Barcelona. Es autora de los textos de la colección «Los clásicos contados a los niños», de Edebé, entre ellos *La vida y obra de Teresa de Jesús contada a los niños*. Recientemente ha comisariado (junto a Juan Dobado), la exposición Teresa de Jesús. La Prueba de la Verdad, organizada en Madrid por la Biblioteca Nacional y Acción Cultural Española, con motivo del V Centenario del nacimiento de la escritora, y que se puede visitar hasta el 31 de mayo.